

Crítica a la teoría de los totalitarismos: el frankenstein liberal que se resiste a morir

Martín Álvarez Rodríguez 

Resumen: Con la intención de analizar y criticar la teoría de los totalitarismos, se hará una introducción al respecto, luego se esbozarán las características definitorias del fenómeno, centrándose en lo escrito por Hannah Arendt primero y pasando después a otros autores. A continuación, se reflexionará sobre las similitudes y diferencias entre nazismo y comunismo. Se concluirá con un análisis filosófico y antropológico a nivel humano de la teoría de los totalitarismos.

Palabras clave: totalitarismo; liberalismo; crítica; historia; filosofía

Abstract: With the intention of analyzing and critiquing the Theory of Totalitarianism, an introduction to the topic will be presented, followed by an outline of the defining characteristics of the phenomenon, focusing on the writings of Hannah Arendt and later on those of other authors. Next, the similarities and differences between Nazism and Communism will be examined. The paper will conclude with a philosophical and anthropological analysis of the Theory of Totalitarianism from a human perspective.

Key words: totalitarianism; liberalism; critique; history; philosophy

Introducción

Aunque el devenir irreversible y caudaloso de la historia no permite muchos pasos en falso, a veces sucede que un fenómeno, ideología o institución social que en su momento mostró su inutilidad se resiste a morir y consigue sobreponerse a las vicisitudes del tiempo y gana de nuevo amplio seguimiento y simpatía entre las masas. Unas masas ciertamente amnésicas en lo referente a conocimiento histórico, a la par que embriagadas por la dulzura de los paisajes e imágenes que les son prometidas por un superviviente muerto y mil veces resucitado.

El ejemplo de este curioso fenómeno al que haremos referencia en el presente ensayo es el liberalismo¹. Pero nuestra intención no es remitirnos a la utilidad o al desempeño histórico que las empresas liberales han tenido, sino que nos referiremos a uno de los engendros salidos de sus entrañas. Y a pesar de lo monstruoso de su aspecto, lo cierto es que su vitalidad es inmejorable en los tiempos que vivimos, tan similares a los que alumbraron a esta repugnante criatura. Nos referimos a la tan manida y poco estudiada —más allá de la obra canónica de su emperatriz liberal Hannah Arendt— teoría de los totalitarismos.

Como se podrá ir apreciando a lo largo del ensayo, la crítica se centrará especialmente en la lógica argumental articulada por Arendt, recogida luego por otros autores. Algunos podrían apresurarse a argumentar que, al tratarse de un tema que hace referencia a fenómenos históricos², nuestra crítica se debería centrar en este ámbito. Pero esto no nos interesa, principalmente porque, lejos de lo que se cree, la obra de Arendt tampoco es histórica. Cualquiera que se haya aproximado a los escritos de la alemana habrá podido percibir que no muestra ningún interés en documentarse adecuadamente sobre las realidades históricas que describe, simplemente hace una caricatura de las mismas y luego se sirve de ella para elaborar su entramado político-filosófico. Aunque trataremos el tema en un apartado específico, cabría señalar que la autora vivió un tiempo en la Alemania nazi, por lo que se podría argumentar que tiene más razones para un conocimiento más fidedigno de la misma³. Pero, en el caso de la Unión Soviética, Arendt solo cita fuentes manidas de disidentes y se recrea en los mismos manoseados tópicos anticomunistas existentes desde la noche de los tiempos. A este respecto, recordamos que la escritora judía formula sus elucubraciones en una época donde aún no habían salido a la luz los archivos soviéticos y, por lo tanto, no se habían podido contrastar si todas las acusaciones de latrocinios que se vertían sobre la patria de los sóviets eran ciertas o simplemente formulaciones fantasiosas de exiliados y renegados que añoraban el oscuro tiempo de los zares.

¹ Al tratarse de un término polisémico, nos remitimos únicamente al sentido económico del mismo, dejando al margen la impronta legal y política que su homónimo alumbró en la Europa del siglo XIX.

² Principalmente nazismo alemán y la URSS, aunque también se han incluido la China de Mao, Corea del Norte o Irán desde 1979.

³ Aunque pesa con fuerza la hipótesis de que la aversión de Arendt por el nazismo es debida sobre todo al despecho sufrido por Heidegger, sumado a su ascendencia judía.

Al margen de Hannah Arendt, poco ha sido lo que se ha innovado sobre la teoría en cuestión, pero aun así trataremos de prestarle atención a otros autores que han escrito sobre el tema. A este respecto, y aun a riesgo de sonar repetitivo a la par que pretencioso, que el pilar básico del liberalismo económico sea una obra publicada en 1951, manteniéndose desde entonces prácticamente incólume, resta bastante peso a la réplica argumental de que el marxismo es una teoría anticuada porque su fundador nació en el siglo XIX (siendo aun así posterior en el tiempo al sacrosanto Adam Smith). Paradójicamente, si algo ha mantenido a flote al marxismo es que, más que la proyección de una Arcadia feliz o un dogma, su columna vertebral es un método, algo de lo que carecen por completo autores liberales como la propia Hannah Arendt, tal como se tratará de evidenciar en este mismo escrito.

Una vez aclarada la proposición metodológica de la que partimos, mencionaremos algunos de los últimos eslabones de relevancia al respecto de nuestro tema surgidos desde que se sacara a la palestra la pueril teoría de que todas las ideologías son malas excepto la de que un hombre viva a costa del sufrimiento y la miseria de millones. La izquierda trotskista se sumó entusiásticamente a la formulación liberal del totalitarismo, haciendo la única apreciación de que en el campo socialista se debía aplicar únicamente al malvado Stalin. En este campo el autor por antonomasia es Enzo Traverso, al que aludiremos posteriormente, existiendo otros satélites académicos que viven de combatir al fascismo imaginario como Steven Forti. Por el lado contrario, los abusos del anticomunismo hicieron que emergieran y se consolidasen teorías historiográficas como las de Ernst Nolte. Con la caída del muro, un término que se usó para advertir a las masas sobre las maldades del bolchevismo debería haber sido reformulado y readaptado a los nuevos tiempos; sin embargo, esto no ocurrió. Se trató de hacerlo al respecto de la formulación del «eje del mal» (entre cuyos integrantes se encontraba la Cuba de Fidel Castro) y la «guerra contra el terror». Pero, como decimos, esto no caló, ya que el integrismo islámico⁴ es otra cosa, sin posibilidad de equiparación con otro monstruo comunista. De esta forma, mientras el antisemitismo hace que grupos como Hezbollah reivindiquen el legado de Hitler y de la Legión Árabe Libre, en Occidente se sigue agitando el fantasma del guerracivilismo entre rojos y pardos, cuando ambas ideologías están muertas y no existe una amenaza real de tal tipo.

⁴ Además de que el intento de asociación del islamismo con el comunismo hace saltar la liebre del apoyo yankee a los muyahidines afganos.

¿De qué hablamos cuando hablamos de totalitarismo?

Como ya hemos indicado, la teoría de los totalitarismos toma como ejemplos paradigmáticos la Alemania nazi y la URSS de Stalin. Acerca de si existen precedentes históricos de la misma existen diversas opiniones entre los académicos consagrados a la defensa de tal teoría; al igual que existe la discusión de si la URSS tras el deceso de Stalin se podría seguir considerando un régimen totalitario. La experiencia histórica que más se suele mencionar como antecedente histórico es la de la Esparta clásica. De esta cuestión podemos inferir lo complejo de comparar una organización estatal del siglo VI a. C. con regímenes de los años 30 del siglo XX. A esto le sumaríamos el hecho de que los nazis sí veían con buenos ojos la existencia de un pueblo lacedemonio que subyugaba a otros inferiores como el de los ilotas. Pero los soviéticos fijaban su ejemplo en la antigüedad en la revuelta de Espartaco, por lo tanto, no eran muy proclives a aceptar como referente un estado esclavista llevado a su máxima expresión. A este respecto, también ha calado profundamente la interpretación de Karl Popper asignándole a Platón el rol de ser el padre intelectual de los totalitarismos⁵.

Aunque la voz «totalitarismo» fue un término de carácter antifascista (siendo los primeros en usarlo el liberal Giovanni Amendola, el socialista Lelio Basso o el católico Luigi Sturzo⁶), acuñado en referencia al régimen fascista de Mussolini, curiosamente, este y su teórico Giovanni Gentile abrazaron entusiásticamente el mismo; concretamente, en el IV Congreso del Partido Nacional Fascista se hablará de «la nostra feroce volontà totalitaria»⁷.

Antes de que Arendt lo desarrollara, ya fue patentado por teóricos como Luigi Sturzo, Jacques Maritain, Paul Tillich, Raymond Aron o Elie Halevy, y en el ámbito izquierdista lo abrazó con gran furor León Trotsky, además de otros de sus secuaces como Daniel Guérin o Victor Serge, y curiosamente su versión teórica no dista mucho de la burda caricatura literaria que hizo en su día George Orwell en 1984. El pacto Ribbentrop-Molotov hizo ya surgir la cómica idea plasmada en la serie de animación de *Los Simpson* de los «comunistas-nazis», evidenciada en obras como *The Totalitarian Enemy*, de Franz Borkenau, o *The Managerial Revolution*, de James Burnham⁸. Historiográficamente, se ha pretendido dar la impresión de que ese pacto se dio con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, o que la operación Barbarroja y todo lo que vino después sucedió de forma fortuita, sin una animadversión ideológica previa de ningún tipo, como dos amigos del alma que se emborrachan y de repente uno se encuentra en el suelo descuartizado. En todo este contexto, las particularidades político-históricas de la

⁵ Juan Francisco Fuentes, «Totalitarismo: origen y evolución de un concepto clave», *Revista de Estudios Políticos*, n.º 134 (2006): 198.

⁶ Enzo Traverso, «El totalitarismo. Usos y abusos de un concepto», *Las escalas del pasado: IV Congreso de Historia Local de Aragón* (2008): 101.

⁷ Fuentes, «Totalitarismo», 199.

⁸ Fuentes, «Totalitarismo», 208.

Guerra Fría vendrían a rescatar este término y elevarlo a las altas cumbres de la propaganda masiva. Jacob L. Talmon ya se tirará a la piscina en *The Origins of Totalitarian Democracy* (1952)⁹, asociando así el totalitarismo a la tradición democrática, supuestamente por igualitarista y colectivista. Pero será en estos años cuando entre en juego una alemana judía despechada porque su idolatrado y amado nazi Martin Heidegger no abandona a su mujer para casarse con ella. Junto a la alemana desarrollaron la teoría autores como Carl Friedrich o Zbigniew Brzezinski, concretamente en la obra *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* (1956)¹⁰. De forma indirecta, autores como Karl R. Popper contribuirán a esculpir el monstruo totalitario con obras como *La sociedad abierta y sus enemigos*, sumándose a él autores de menor envergadura como Friedrich von Hayek con *Camino de servidumbre*.

Características

Como ya veremos, la formulación de Arendt es realmente simple y responde a cuestiones más morales que doctrinales, políticas o filosóficas. Pero, curiosamente, los estudiosos que han tratado de profundizar en la teoría se han mostrado dispares en sus definiciones y en la asignación de características principales. Persistirá en todos ellos el tono moralista y de superioridad moral como en la alemana.

Comenzando por Carl Friedrich y Zbigniew Brzezinski, para ellos el totalitarismo se define por seis características básicas: 1) una ideología oficial elaborada; 2) un único partido de masas liderado por un solo hombre; 3) un sistema policíaco de terror físico y psíquico; 4) un control absoluto de los medios de comunicación; 5) el monopolio de las armas de combate; 6) un total control y dirección de la economía de carácter centralizado¹¹. La crítica los considera «síndrome de Friedrich / de los seis puntos»¹². Leonard Schapiro añadirá una mayor división diferenciando entre: a) aspectos/contornos del cuerpo político (el líder, el sometimiento del orden legal, control de la moral privada, movilización continua y legitimidad basada en apoyo masivo); b) instrumentos de gobierno (ideología, partido e Iglesia-Estado)¹³.

Para Raymond Aron, el totalitarismo se define por: 1) monopolio de un solo partido; 2) un partido político guiado por una ideología absoluta con carácter de verdad oficial del Estado; 3) así el Estado se reservará los medios de fuerza, persecución y comunicación; 4) actividades

⁹ Fuentes, «Totalitarismo», 212.

¹⁰ Fuentes, «Totalitarismo», 212.

¹¹ Carl Friedrich y Zbigniew Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* (Cambridge: Harvard University Press, 1965), 22.

¹² Leonard Schapiro, *El totalitarismo* (México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1981), 28.

¹³ Schapiro, *El totalitarismo*, 31-32.

económicas y profesionales subordinadas al Estado; 5) fallar en cualquier ámbito se considera una falta ideológica, lo que desencadenaría en el terror policíaco e ideológico¹⁴.

Para William Ebenstein, las principales características totalitarias serán: 1) comprende todas las fases de pensamiento, acción y sentimientos humanos; 2) no permite ningún tipo de rivalidad a sus creencias y valores; 3) simplificación máxima de los problemas y soluciones humanas, a través tanto del concepto «raza», como del de «clase»; 4) fanático, pide la adhesión total y no escatima en medios contra la disidencia, sumado a que supuestamente buscaría hasta la dominación mental del individuo¹⁵.

Hannah Arendt, una Mary Shelley sin método

Una vez esbozado el panorama general que envuelve a la teoría, adentrémonos en el *sancta sanctorum* para conocer a la sacerdotisa madre. Empecemos por reconocer que a Hannah Arendt se le pueden reprochar muchas cosas, pero la insinceridad no es una de ellas, ya que al poco de iniciar su obra se nos deja clara su visión de lo que significa el totalitarismo, así como el motivo que la llevó a escribir el ladrillo que la dio a conocer en todo Occidente, afirmando sin tapujos que nos encontramos ante la «naturaleza verdaderamente radical del mal»¹⁶. De esta forma, se nos introduce una visión maniquea, simplista y que simplemente va a estar guiada por principios morales articulados por la propia autora. A este respecto, un lector demócrata de corazón puro podría indignarse y clamar que no hemos entendido a la sacerdotisa que nos libraría de los monstruos que amenazan la separación de poderes y el acto ritual de depositar una papeleta en una urna cada cuatro años, pero a este le rogamos que prosiga con la lectura, ya que el carácter antidemocrático y antipopular de la buena de Arendt quedará expuesto por ella misma.

Sin una sistematización tan clara como lo expuesto en el apartado anterior, la alemana teorizará que las tres patas de la modernidad que se interrelacionan para crear el monstruo totalitario son el imperialismo, el antisemitismo y el propio totalitarismo, a los cuales dedicará sendos capítulos.

Con respecto al imperialismo (expuesto en el capítulo 5 de su obra), comete el error harto manido de confundir imperialismo con su fase previa, el colonialismo¹⁷. En esta cuestión destaca su visión de que el colonialismo, en un supuesto proceso de autoalimentación del poder por el poder (recordemos que para la autora no existen clases sociales, solo individuos y vacío, guiados por la senda del bien o por la del mal), arrasaría con instituciones como la nación, sin ningún interés en toda la exposición en profundizar la profunda variación en la naturaleza del

¹⁴ Raymond Aron, *Democracia y totalitarismo* (Barcelona: Editorial Seix Barral, 1965), 238.

¹⁵ William Ebenstein, *El totalitarismo. Nuevas perspectivas* (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1965), 99.

¹⁶ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo* (Madrid: Alianza Editorial, 2024), 26.

¹⁷ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 212.

término a lo largo del tiempo. Pretende así criticar a Hobbes¹⁸, cuando el inglés por lo menos era un liberal sincero que exponía las partes oscuras de la realidad.

Paralelamente procede a criticar la noción de progreso del siglo XVIII copiando la visión pesimista de Walter Benjamin. Será en esta parte donde expondrá su tesis de una supuesta alianza del «populacho» con el gran capital, sin evidenciar muy bien en qué se basa para tal afirmación. Aquí se empieza a vislumbrar realmente la Hannah Arendt real, alejada del mito de la demócrata que lucha por la libertad de todo Occidente frente a un monstruo autoerigido. A diferencia de la burguesía clásica (tanto en su versión victoriana como en otra más cosmopolita), la nueva burguesía surgida tras la Segunda Guerra Mundial no odia al lumpen, sino al individuo que se resiste a serlo y por tal motivo enarbola un proyecto político con tal fin. Así mismo, este individuo revolucionario, si quiere cumplir su función, no tiene más remedio que eliminar al lumpen, tanto en potencia como en acto. De esta forma, si surge esa situación de resistencia individual que derive en una empresa colectiva, ahí aparece el «populacho» arendtiano. Con total tranquilidad afirmará en esta línea de argumentación que «la mentalidad del populacho supone el mal y el delito»¹⁹. En este sentido, se puede relacionar a la autora con un teórico que inspiró fuertemente al fascismo: Vilfredo Pareto, cuyo desprecio por las masas comparte sin ninguna duda. Aunque a este respecto debemos matizar, ya que, si bien el italiano defendía que la masa se sometiese a la aristocracia social, Arendt, por el contrario, defiende la resignación del individuo, que desista de empresas colectivas. La visión de la autora es plenamente posmoderna, no democrática ni liberal en el sentido que este término tenía en el siglo XIX.

Pero a menudo la escritora se contradice en su exposición, como en lo referente al caso Beria²⁰, argumentando que, al dejarle Stalin todo listo para la sucesión, este solo tenía que aceptar su destino, pero supuestamente esto habría provocado una guerra civil. En este sentido, nos preguntamos: ¿y el «hombre masa» que permitía a Stalin ser el amo de Siberia?, ¿cómo un pueblo supuestamente adocenado a la par que aterrorizado se iba a alzar de repente con la fuerza de un león? Aparte de estas contradicciones, Arendt no sigue una línea argumental coherente, ya que, si bien por un lado parece lamentar la represión sobre las masas en los países que cayeron bajo el yugo totalitario, por el otro advierte que el populacho plagado de hombres masa son los ladrillos predilectos para edificar el totalitarismo. De esta forma, se evidencia la hipocresía liberal, ya que, previamente, cuando los zares ejercían la represión contra el populacho, ellos estaban encantados; la violencia se ejercía de arriba hacia abajo, como medida disciplinaria y de orden social. Pero cuando las tornas cambiaron y los oprimidos decidieron moverse, eso exaspera al liberal, por antinatural, los integrantes de las masas deben cumplir su rol como individuos sumisos y respetuosos de la jerarquía social.

¹⁸ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 230-232.

¹⁹ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 433.

²⁰ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 551.

En otra relación de afirmaciones delirantes, Arendt afirma que el aparato represivo totalitario empezaría (como una especie de pretemporada futbolística) ejerciendo su dominio y terror sobre los delincuentes comunes, para tener una justificación inicial²¹. Curiosamente, lo que en los años 50 parecía la majadería de una alemana liberal despechada porque su amado profesor nazi no quiere abandonar a su esposa se acabó materializando en las actuales sociedades *hippies* con los roles de seguridad invertidos, donde se priman los derechos del delincuente antes que el derecho ciudadano a una seguridad básica. Un ejemplo perfecto de esta cuestión es El Salvador presidido por Nayib Bukele. Según la alemana, la situación anterior en la que un marero podría disponer de todas las féminas que quisiese (o si no lo acabaría haciendo igual y toda su familia pagaría las consecuencias) sería menos totalitaria que la actual, en la cual el Estado se ha reforzado y ha impuesto un régimen de excepción que persigue sin cuartel al crimen organizado. De nuevo aquí Arendt se coloca en el lado contrario que el del «populacho», ya que el anhelo del trabajador promedio de salir a la calle en paz sin sufrir ningún incidente es algo que legitimaría la futura instalación de un monstruoso régimen totalitario. En la fábula liberal la lógica es la siguiente: si el trabajador en cuestión quiere pasear por calles limpias y seguras, que trabaje duro para mudarse a barrios con seguridad privada. Con posterioridad a estas curiosas afirmaciones, la autora saldrá en defensa de una especie de multiculturalismo extraño, afirmando de forma críptica: «la experiencia de las masas modernas tienen de su superfluidad en una tierra superpoblada»²².

Pero la parte donde se incide más en esa desconfianza hacia la acción política de las masas es en la que se expone el curioso argumento de que los totalitarismos se aprovechan de la democracia²³, ante el cual podríamos formular el simplista silogismo de que, por lo tanto, hay que abolir la democracia para que los totalitarismos no acaben con ella. En sí, esta interpretación no es genuina de la autora, ya Tocqueville profetizaba este «despotismo democrático»²⁴. No nos dejará mentir la autora con afirmaciones como la siguiente: «La sociedad de masas —que borra las líneas de diferenciación y nivela las distinciones de grupos— es un peligro para la sociedad como tal»²⁵. La autora razonará que la democracia solo funcionaría «allí donde los ciudadanos pertenecen a grupos y representados por estos o donde forma una jerarquía social y política»²⁶. De nuevo vuelve a planear la sombra de Pareto en esta extraña defensa velada de una especie de organicismo/corporativismo social. Cabría preguntarle a la autora, debido a su posición respecto a la fase revolucionaria en la URSS: ¿entonces, si los obreros se organizan de forma autónoma, eso no es válido? De las palabras de Arendt se deduciría que si los explotados no

²¹ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 601-602.

²² Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 613.

²³ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 440.

²⁴ Schapiro, *El totalitarismo*, 168-170.

²⁵ Carla Cordua, «Hannah Arendt sobre el totalitarismo», *Estudios Públicos*, n.º 145 (2017): 185.

²⁶ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 440.

tienen explotadores pierden el modelo ideal al que aspirar. Volvemos a entrar en contacto con otra contradicción arendtiana, ya que se olvida de la negación del argumento liberal clásico de que la existencia de las clases sociales es un invento marxista sin fundamento, sino que se justifica como una realidad positiva para el correcto funcionamiento social.

Pero como a la autora parece también repugnarle el nazismo —quizás no solo por sus desamores en su etapa de estudiante— ¿cómo encuadrar esta interpretación pro-Pareto en su supuesto antinazismo? A esto cabría señalar que la nueva burguesía, liberal y cosmopolita, detesta el nazismo porque dentro de su profundo clasismo, le impone una disciplina populista a su misma clase. Como ya indicamos, a Arendt no le va mucho eso de mezclarse con el «populacho». La autora lo expone de forma un tanto velada en su símil del «ajedrez por el ajedrez»²⁷, viendo como óptimo que cada cuerpo social se encuentre lobotomizado para solo ser capaz de ver y velar por sus intereses inmediatos, nunca mirando más allá.

Esta visión profundamente clasista y elitista se evidencia cuando, tratando de exponer a la experiencia soviética, critica que se pretendiese crear una «aristocracia stajanovista»²⁸, ante lo cual, aun a expensas de ser catalogados como prototalitarismo, solo nos queda admirarnos y clamar por que nuestros ojos vean el día en que se instaure una nobleza que se fundamente en el esfuerzo y el trabajo en favor de toda la colectividad, pero me temo que la actual, que se fija sobre el rentismo y la explotación de lo ajeno, aún cuenta con bastante buena salud.

Sobre el capítulo sexto, solo haremos algunas apreciaciones. La primera es su equiparación de la visión histórica de la lucha de clases con la lucha de razas. Y es que desconocemos cómo la autora se pudo atrever a comparar la visión determinista de que la cultura va inmersa en la sangre, derivada de teorías anticientíficas del siglo XIX, que defiende una visión del hombre antievolutiva y estanca, que supuestamente demostraría (sin probarlo) una jerarquía de pueblos que, curiosamente, siempre situaría en la cúspide a la «raza» de los teóricos de esta misma teoría, con otra teoría basada en la traslación de los descubrimientos en las ciencias naturales a las leyes del devenir histórico, infiriendo que desde que existen clases sociales, ha resultado de enorme importancia la confrontación entre estas por conseguir el mejor modo de explotar el medio y producir bienes. Se podrá estar en desacuerdo con ambas por múltiples motivos, pero ponerlas al mismo nivel ya denota o una visión torticera desprovista de lucidez o el desconocimiento deliberado de ambas fórmulas. En esta misma línea, Arendt no tendrá empacho en afirmar que «los bolcheviques emplearon la reputación de sus hombres de ciencia con fines enteramente anticientíficos»²⁹. Ya que Denis Paredes en su excelente ensayo³⁰ nos ha hecho el trabajo de refutar esa visión torticera de la ciencia soviética, solo nos queda

²⁷ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 452.

²⁸ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 440.

²⁹ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 479.

³⁰ Denis Paredes, «Acerca de la censura en la ciencia soviética», *Historia de las Ideas*, n.º 2 (2025): 55-62.

apuntar a que mucho se critica la metodología de un Estado extinto que llevó a humanos al espacio mientras en Occidente se grita a cada paso: ¡todo es relativo, la ciencia no existe! El anticomunismo mueve pasiones, pero quizás viene siendo hora de dejarlo a un lado y ponerse a resolver los problemas acuciantes de nuestro tiempo de una vez.

Crítica de otros autores

Como ya indicamos en la introducción, desde Arendt la teorización acerca de los totalitarismos ha variado escasamente. Quizás se podría decir que hay autores que han querido profundizar y darle una apariencia de mayor «objetividad» a la visión moralista y elitista de la alemana, pero sin renunciar en el fondo a la esencia de su teorización.

En el campo del anticomunismo militante nos encontramos algún *rara avis* que parece haber leído por lo menos al rival que pretende rebatir, y su oposición ideológica se basa más en el razonamiento sereno que en la visceralidad y el apasionamiento. En el caso que nos ocupa, esta figura es encarnada por el francés Raymond Aron, cuyas reflexiones fueron impartidas en una serie de cursos universitarios de teoría política en los años 50, recogidos posteriormente en una monografía³¹. Precisamente, él hará referencia a la obra de Arendt como paradigma máximo de la equiparación de nazismo y comunismo, exponiendo las cuestiones que no le convencen de la obra de la alemana: «Las diferencias en la inspiración, las ideas y los objetivos son demasiado evidentes para admitir sin reservas el parentesco esencial de los dos regímenes»³². Así, el autor deja claro que para la comparación al respecto del parentesco directo de nazis y soviéticos: «No hay que contentarse con el análisis comparativo, sociológico, sino que es preciso tener en cuenta otros dos métodos de comprensión: la historia y la ideología»³³. En el inicio del presente artículo, precisamente, expusimos como el conocimiento historiográfico es algo que a Hannah Arendt parece no interesarle en absoluto.

Aron hace el esfuerzo honorable de entender la lógica interna del socialismo, pero parece no entender su definición de Estado y la evolución del mismo, estando limitado igualmente por su conocimiento de la realidad histórica soviética sin poder consultar fuentes directas y objetivas al respecto. Aron establece así como principio rector del totalitarismo la radicalidad ideológica. Por lo tanto, para él los rasgos de los partidos en el poder que tendieron al totalitarismo serían «la amplitud de las ambiciones, el radicalismo de las actitudes y el extremismo de los medios»³⁴. En este sentido, Aron no comparte la visión moralista de Arendt, pero sí comparte la crítica a las aspiraciones colectivas de cambio radical, prefigurando así la

³¹ Raymond Aron, *Democracia y totalitarismo* (Barcelona: Editorial Seix Barral, 1965).

³² Aron, *Democracia y totalitarismo*, 243.

³³ Aron, *Democracia y totalitarismo*, 244.

³⁴ Aron, *Democracia y totalitarismo*, 240.

lucha por altos ideales como el germen para la aparición de temibles monstruos incubados ocultamente en la misma.

Acerca del monopolio político por un solo partido, común a nazismo y comunismo, el propio autor resta mérito a este hecho: «Que estos dos tipos de movimientos (...) comporten ambos un partido monopolístico es evidente, pero no muy instructivo», recalcando que «el monopolio del poder es un medio, no un fin»³⁵. Para él, por ejemplo, la idolatría del líder no sería la misma. La otra similitud sería la aplicación del terror hacia la disidencia. Pero para Aron las diferencias entre ambos serían «visibles e igualmente llamativas»³⁶: las clases de las cuales se reclutan los electores o los militantes, la posición al respecto de ambos de las clases dirigentes/privilegiadas y, principalmente, los objetivos de los mismos son obviamente contrarios.

En referencia al totalitarismo en la URSS, el francés se centra sobre todo en el informe expuesto por Krushev en el XX Congreso³⁷, principalmente en el hecho del terror político y las purgas (para Aron hay dos períodos totalitarios: 1934-1938 y 1948-1952). Pero estas cuestiones fueron refutadas en la monumental obra de Grover Furr *Krushev mintió*, precisamente con una labor de fuentes directas a las cuales no tuvo acceso el propio Aron. Concretamente, ante la excusa recogida en la obra de que Krushev no podía hacer nada ante los supuestos desmanes de Stalin, Furr señala hacia la dirección de que, tras las investigaciones que hizo Beria sobre la represión desmedida en Ucrania, todo parecería apuntar a las órdenes del máximo hombre en la región, el mismo Krushev.

En el campo opuesto al análisis serio y desapasionado de Aron, nos encontramos con obras como la de William Ebenstein, publicada en 1965 en un panfleto patrocinado por la Fundación Joseph Fels y la American Jewish Committee. El único valor de esta obra es registrar la cantidad de barbaridades sin rigor que se aceptan con tal de que acepten la premisa de la hermandad entre nazismo y comunismo. Según el autor, el totalitarismo llegaría cuando «los valores religiosos, el racionalismo crítico, la ética tradicional o los gobiernos constitucionales han sido suficientemente subvertidos o destruidos del todo»³⁸. El autor nos presenta una idealización absoluta de la democracia, que haría sonrojar incluso a los ilustrados del XVIII más partidarios de la soberanía popular. En este mismo sentido, el autor reproduce el mito fascista del carácter asiático de la URSS, erigiéndola así en una experiencia netamente antioccidental. Esto resulta contradictorio en cuanto que los propios rusos definían a Moscú como la Tercera Roma y los referentes principales de los bolcheviques eran dos alemanes, y para más colmo cuando su líder se tenía que exiliar lo hacía en lugares como Suiza o Finlandia.

³⁵ Aron, *Democracia y totalitarismo*, 199.

³⁶ Aron, *Democracia y totalitarismo*, 198.

³⁷ Aron, *Democracia y totalitarismo*, 236.

³⁸ Ebenstein, *El totalitarismo. Nuevas perspectivas*, 18.

Otro argumento, que junto con la hilaridad despierta cierta compasión por la ignorancia del autor, es la parte en la que le atribuye un rol represor a los soviets. No se entiende muy bien cómo un lugar de reunión y decisión política de las masas del pueblo, que es muy anterior a su reinterpretación revolucionaria durante la Gran Guerra, se podría encargar de reprimir a las masas. Para que se comprenda mejor, es como si las juntas españolas fuesen acusadas de ser organismos de represión popular a gran escala. Y es que el autor, quizás buscando cierto efectismo dramático que justifique los dólares sufragados en su labor de propaganda del libre mercado, se centra casi únicamente en el aparato represivo totalitario.

En esta línea, el autor no tendrá tapujos en afirmar que el totalitarismo tendría su razón de ser en un gusto fetichista por la represión. En este sentido, podríamos comparar las cárceles de España y de Colombia en la actualidad y darnos cuenta de que ambos son Estados formalmente democráticos, pero su forma de represión institucionalizada no tiene mucho que ver. O incluso si no queremos acudir a otro continente, algunos autores señalan la duda de catalogar a la Inglaterra de Margaret Thatcher como un país de tintes totalitarios por el funcionamiento de su régimen carcelario. Y, sin embargo, nadie dudaría de catalogar a la Inglaterra de aquellos tiempos de Estado democrático, incluso de paradigma del liberalismo a ultranza³⁹. Al igual que Arendt, el austríaco también se declarará muy reacio a aceptar la democracia, llegando al extremo de defender el dominio político de la aristocracia como antídoto frente al totalitarismo⁴⁰. En esta misma línea, cabría citar su curiosa defensa del zarismo por su labor de envío de represaliados políticos a Siberia, ya que su intención era poblarla⁴¹. Tras realizar semejante afirmación, el autor no duda en definir el liberalismo como proveedor de... ¡«mayor seguridad social»!⁴². Si bien es cierto que indicamos que el término liberalismo era profundamente polisémico, ante él se erigieron los movimientos sociales (compuestos por populacho, por lo tanto, gozarían de escasas simpatías por parte de Ebenstein) que conquistaron con sangre esa seguridad social de la que habla el autor, aunque algunos fueran de carácter tibiamente reformista, pero en ningún caso surgieron genuinamente del propio liberalismo.

Al clasismo y elitismo de su forma de ver el mundo se suma la curiosa idea de que es negativa (y racista) la aspiración de que todos los pueblos se deben modernizar y desarrollar⁴³. En otro arrebatado de sinceridad no dudará en afirmar: «Lo que procura la democracia es resolver el problema de la organización política, pero no pretende decidir cuál es la posición auténtica o verdadera en materia de moral, filosofía, religión, ciencia o arte»⁴⁴, admitiendo así que el

³⁹ Ciertamente, la sentencia thatcheriana de que «no existen la sociedad, solo los individuos» tuvo que hacer las delicias de Hannah Arendt por su capacidad de ejercer como antídoto frente al repugnante populacho.

⁴⁰ Ebenstein, *El totalitarismo. Nuevas perspectivas*, 45.

⁴¹ Ebenstein, *El totalitarismo. Nuevas perspectivas*, 51.

⁴² Ebenstein, *El totalitarismo. Nuevas perspectivas*, 79.

⁴³ Ebenstein, *El totalitarismo. Nuevas perspectivas*, 89.

⁴⁴ Ebenstein, *El totalitarismo. Nuevas perspectivas*, 101.

«mundo libre» por él defendido es amorfo y un instrumento ineficaz en épocas de crisis como la de los años 30 (o la actual). Por si no fuese suficiente lo previamente expuesto, el autor no duda en evidenciar su estulticia en la parte final de su escrito: «El adulto que se siente seguro únicamente bajo la fuerte autoridad de un líder totalitario no ha llegado a su madurez emocional porque aún sigue buscando la dependencia y la seguridad de la infancia»⁴⁵.

A medio camino entre la seriedad de Aron y la burda propaganda de Ebenstein estaría Leonard Schapiro, más apegado a los formalismos de la ciencia politológica, con su obra escrita en 1972, momento en el cual la teoría de los totalitarismos ya empezaba a mostrar cierto desgaste. El autor definirá el totalitarismo como «una forma de gobierno personalizado de un líder y una élite que tratan de dominar tanto la sociedad como la estructura regular, legal, a la que llamamos “El Estado”»⁴⁶.

Para Schapiro, Lenin sería el artífice del prototipo del «líder totalitario»⁴⁷, pero esto parece más una intuición del propio autor, ya que no aporta pruebas que demuestren tal autoría. De nuevo el intento de tapar con un dedo politológico el sol historiográfico es un tanto burdo. De la Revolución rusa del siglo pasado se podrán decir muchas cosas, pero no se puede negar el profundo carácter popular que tuvo. Y es que, aun bajo amenaza de ser calificados de blanquistas —como le ocurrió al propio Lenin—, toda revolución encumbra a una figura para liderarla y representarla. Pensemos en los albores de los movimientos de masas de carácter radical, y así nos encontraremos a un Robespierre, al cual es cierto que el movimiento que pretendió comandar lo superó, pero esto no niega la primera premisa. Quizás todos estos autores esperaban que a Lenin o a Stalin les sucediese eso, pero si las masas no los arrollaron se supone que existía una cierta simbiosis e interrelación entre las mismas. El caso de Hitler y su vínculo con un pueblo destruido y sin esperanza nos lleva a un escenario mucho más excepcional. A esta cuestión del liderazgo se suma la teorización sobre la relación individuo-masa en la historia, la cual es diametralmente opuesta en nazismo y comunismo. En el primero existe una visión mesiánica de un liderazgo providencial que regiría el devenir de las empresas históricas, mientras que en el segundo se afirma que son las masas las hacedoras de historia, sin negar que los movimientos de las mismas puedan estar dotados de representantes individuales. Es curiosa la gran abundancia de los testimonios de Mussolini o Hitler autoadulándose y erigiéndose como hacedores de historia y despreciando a las masas, mientras que de Lenin o Stalin los partidarios de la teoría solo consiguen esgrimir algunas descontextualizadas declaraciones realizadas en confidencias privadas de las cuales la autenticidad resulta bastante discutible.

⁴⁵ Ebenstein, *El totalitarismo. Nuevas perspectivas*, 135.

⁴⁶ Schapiro, *El totalitarismo*, 176.

⁴⁷ Schapiro, *El totalitarismo*, 36.

Schapiro también apunta a una supuesta intención totalitaria de «control de la moral privada»⁴⁸, exponiendo así la contravisión mezquina del individuo que tiene el liberalismo, ya que en la actualidad ese control lo ejerce casi sin cortapisas el mercado, y no el Estado (cuando este se inmiscuye suele hacerlo por dictado del primero), y estos mismos teóricos no alzan la voz ni lo más mínimo al respecto. Y, curiosamente, si hacemos una retrospectiva histórica, esa visión mesiánica y moralista del mercado es la misma que en su día las camisas pardas tenían de Adolf Hitler.

Dentro de las afirmaciones un tanto esotéricas del autor encontramos su pretensión de probar que la Duma zarista era más institucional/democrática que el sóviet (interpretándolo como una mera fachada del PC(b))⁴⁹. A este respecto, podríamos inferir que es innegable el carácter democrático de los sóviets, en los cuales ganaron de forma meritocrática la supremacía los bolcheviques. Es cierto que con la burocratización y el aletargamiento del propio partido esto acabó influyendo indirectamente en el anquilosamiento y burocratización de los mismos sóviets (la cual se confirma con la llegada al poder de Krushev, curiosamente con quien muchos teóricos asocian al fin del totalitarismo en la URSS).

Pero pretender confundir ambos procesos concatenados es una muestra o de ignorancia o de falta de objetividad. Así mismo, este tipo de afirmaciones traslucen el profundo carácter antidemocrático de los partidarios de la teoría de los totalitarismos. Trasladándolo al suelo patrio, sería como discutir la legitimidad de las juntas creadas en 1808, ya que supuestamente más institucional y legítimo era el régimen colonial coronado por José Bonaparte. Al igual que Ebenstein, el autor también se deja seducir por la teoría del carácter asiático del bolchevismo, aunque este escoge una versión refinada en la que se hace el silogismo de que, si Marx decía que Rusia no podía ser un país revolucionario, los que hicieron la revolución no podían ser marxistas⁵⁰. Este razonamiento, aparte de ser una forma de argumentación infantil y simplista, es antimarxista, tal como señaló nuestro ya citado Denís Paredes⁵¹. Incluso el autor se acabará contradiciendo a sí mismo en otra parte de su libro⁵². Según la argumentación del autor, lo máximo que el capitalismo liberal te puede ofrecer es la «libertad de esperanza»⁵³, y el hecho de que el autor se conforme con tan poco lo define más que una autobiografía de mil hojas. Él y Ebenstein compiten por ver quién escribe la mayor locura al finalizar sus obras, una competición ciertamente reñida, apostando Schapiro por las siguientes líneas:

⁴⁸ Schapiro, *El totalitarismo*, 57-64.

⁴⁹ Schapiro, *El totalitarismo*, 75-76.

⁵⁰ Schapiro, *El totalitarismo*, 87-88.

⁵¹ Denís Paredes, «Los prefacios del Manifiesto Comunista: un ejemplo de marxismo creativo», *Historia de las Ideas*, n.º 3 (2025): 70-71.

⁵² Schapiro, *El totalitarismo*, 142.

⁵³ Schapiro, *El totalitarismo*, 193.

Hay etapas en la historia de las naciones, (...) en que el fanatismo, la arrogancia, la crueldad, la ambición y el capricho de un individuo pueden hundir a millones de hombres y mujeres en la locura, el sufrimiento, el temor y la destrucción⁵⁴.

Una vez repasados los textos más clásicos, damos un salto en el tiempo para entrar en contacto con la obra de Enzo Traverso. Como ya hemos expuesto, en la izquierda los trotskistas fueron los primeros en abrazar la teorización totalitaria, intentando descargarse la culpa de ser asociados a un campo político supuestamente similar al de Stalin. Con el paso del tiempo, esta postura se ha abierto camino hasta hacerse hegemónica, y sucesos como la Primavera de Praga acabaron de confirmarla. Traverso no es ajeno a este proceso. Al igual que la izquierda actual, el autor va de crítico y en cierta medida de rebelde, pero luego siempre se acaba amoldando a los designios de la academia y de lo establecido. Se podría catalogar esta posición como de «rebeldía institucional», aunque en apariencia parezca una contradicción.

Por los motivos antes expuestos, Traverso tratará de dar a entender que existen «varios comunismos», aceptando así de forma tácita el paradigma anticomunista, pero circunscribiéndolo a la entelequia del «estalinismo»⁵⁵. Por si esto no fuera poco, Traverso acusa a la Alemania Federal de filonazi, evidenciando así como la teoría de los totalitarismos acaba derivando en la prohibición de la posibilidad de que los alemanes se sientan orgullosos de su nación, remontando los antecedentes del nacionalsocialismo al mismísimo Carlomagno. Según Traverso, la URSS de Stalin seguía una versión del marxismo «escolástica, dogmática y clerical (...)», proclamado y reivindicado como heredero de la Ilustración⁵⁶. Siguiendo al pie de la letra lo teorizado previamente por Aron, Traverso (como buen trotskista y académico con la barriga a reventar) asimila el trabajo como un factor de opresión que se impondría a las masas por la fuerza, y de esta forma indirectamente afirmaría que pretender que todos los pueblos (sobre todo los más atrasados) se desarrollasen es una idea totalitaria y malvada del «estalinismo»⁵⁷. Así mismo, Traverso muestra tanto interés por cuestionar los mitos del anticomunismo como Hannah Arendt. Por lo tanto, la única pega que le pone el supercrítico Traverso al totalitarismo es que no incide lo suficiente en el carácter ruso-zarista de Stalin (cuando este era georgiano). Así mismo, no se atreve a encarar a Nolte, y dice por lo bajo que las atrocidades nazis son culpa del colonialismo del siglo XIX, por lo tanto, todo sería culpa de la raza blanca europea, que no se puede librar de su pecado original. Tanta palabrería para acabar llegando a las mismas conclusiones que Adorno y Horkheimer tras la guerra... Luego existen escritores aún menos innovadores a los que no se les ocurre mejor forma de sustentar la existencia de los

⁵⁴ Schapiro, *El totalitarismo*, 216.

⁵⁵ Traverso, «El totalitarismo. Usos y abusos de un concepto», 100.

⁵⁶ Traverso, «El totalitarismo. Usos y abusos de un concepto», 104.

⁵⁷ Traverso, «El totalitarismo. Usos y abusos de un concepto», 105.

totalitarismos que sacando la lupa y sobredimensionando que existiesen personas que cambiaron de un bando a otro, como Steven Forti.

De lo anteriormente expuesto se puede evidenciar cómo los partidarios de la teoría siempre han cargado sus tintas y afilado sus plumas cuando se trataba de hacer acusaciones de mal absoluto a la URSS, mientras que su desprecio del populacho y la democracia y su alabanza a las formas sociales aristocráticas los ponía más en sintonía con el nazismo. Este anticomunismo visceral y muy útil políticamente ha acabado calando profundamente, y a nivel historiográfico ha generado cual hongo su efluvio académico. Y es que tanto por las particularidades del uso propagandístico del nazismo como mal absoluto como por la nacionalidad de Hannah Arendt se debía dar en Alemania, cuyo carácter nacional se asocia con la quintaesencia de todo lo malo que representaría la existencia del hombre blanco europeo. Hablamos del caso del alemán Ernst Nolte, con su magnificada obra *La guerra civil europea, 1917-1945*, en la cual se trata de invertir la prueba de la culpa poniendo al comunismo, por su anterior surgimiento cronológico, como origen de todos los males que justificaría indirectamente todas las tropelías nazis. Hay quien ha subido la apuesta en su delirio afirmando que primero existió el totalitarismo soviético, luego el nazismo y finalmente el islámico, como hace Yehuda Bauer en su obra *El tercer totalitarismo*⁵⁸. Obviamente, al autor debe de olvidársele que quienes se dejaron millones de muertos en su camino a Berlín y quemaban velos en plazas en Asia Central fueron los soviéticos.

Nazismo y comunismo: ¿hermanos gemelos?

Como hemos estado revisando, existe cierto disenso acerca de ciertas características que definirían al totalitarismo, si bien existe un consenso general en el punto de partida, que, tomado de Arendt, sería «considerar al fascismo y al comunismo como variantes del mismo fenómeno básico»⁵⁹. Más allá de las filias y las fobias de cada uno, resulta ciertamente desconcertante aseverar la hermandad de dos ideologías que a nivel programático se declaran absolutamente contrarias. Si bien se podría partir del principio de que ambas se desarrollan en un contexto histórico similar (la convulsa Europa de los años 30), sumado a que la Revolución Bolchevique evidenció una amenaza real sobre las clases explotadoras del Viejo Continente, precipitando así el desuso tanto del viejo conservadurismo como del formalismo democrático liberal. Como hechos históricos más sobresalientes se suele abusar de la existencia del pacto Ribbentrop-Molotov, pero con posterioridad a este existió la operación Barbarroja, que invalida necesariamente la anterior entente diplomática. La existencia de transfugas de un campo a otro tampoco evidencia una simbiosis clara, ya que gran parte del arco liberal (expuesto en las

⁵⁸ Hugo Celso Felipe Mansilla, «El desarrollo contemporáneo y la necesidad de una teoría crítica del totalitarismo. Un esbozo provisorio», *Revista de Estudios Políticos*, n.º 140 (2008): 75.

⁵⁹ Mansilla, «El desarrollo contemporáneo...», 92.

conocidas declaraciones de Churchill respecto a Mussolini) apoyó entusiásticamente la labor de freno anticomunista del fascismo, y esto no hace que resulte menos ridículo decir que liberalismo y fascismo son lo mismo.

Nazismo y comunismo representan dos visiones del mundo y proyectos de futuro totalmente contrapuestos. Desde las películas de ciencia ficción de la peor calaña hasta la academia más refinada coinciden en la expresión del nacionalsocialismo alemán como el mal absoluto, obviando así que fue un proyecto político desarrollado y apoyado por una clase social concreta. Su grito de guerra, «Arbeit macht frei», es una declaración clara de qué clase vive ajena al trabajo, y es capaz incluso de burlarse de la capacidad liberadora del mismo.

Por otro lado, el comunismo con el paso del tiempo se ha convertido en un blanco más fácil por su decadencia desde los años 50, asociándose a movimientos desquiciados como los jemereros rojos de Pol Pot o Sendero Luminoso. Curiosamente, Arendt achaca el totalitarismo a la era de Stalin, cuando este trató de democratizar la URSS y la propia CIA admitió que no regía con mano de hierro él solo el país. Sin embargo, tras su muerte y el XX Congreso, cuando justamente empieza la deriva más autoritaria del régimen soviético, para la autora se iniciaría la «destotalitarización»⁶⁰. Lo exponemos en varios fragmentos, pero lo volvemos a reiterar: respecto a la historia soviética, la propia autora admite que carece de fuentes estadísticas, incluso se aferra al Archivo de Smolensk tras admitir previamente que este no arroja cifras estadísticas.

Así mismo, la referencia a un supuesto «plan de dominación mundial» de nazismo y bolchevismo⁶¹ ya evidencia la forma de razonar de la autora. Del nazismo se podría decir que tenía una visión más centrada en Europa y en su periferia cercana, pero en ningún caso mundial. Del bolchevismo sí se podría deducir que tenía una visión más internacional, aunque eso fue cambiando con el tiempo, y en los tiempos en los que escribía la autora la Komintern ya había sido disuelta⁶². En esta misma línea, la autora no tiene reparo en formular de forma delirante su visión, según la cual la teoría táctica del socialismo en un solo país escondía la intención de Stalin de arrasar países democráticos, cuando esto no pasó nunca. Luego relaciona la campaña soviética contra el cosmopolitismo en los años 50 con un supuesto antisemitismo⁶³, cuando en ningún punto se hace una analogía semejante. Lo que no se puede negar es la evidencia de que gran parte de los componentes de la escuela de Frankfurt eran judíos.

Al respecto de lo que la autora entiende por panmovimientos, se expondrían los supuestos nexos de unión imperialista entre Hitler y Stalin⁶⁴. Comparar las dos formas de

⁶⁰ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 45.

⁶¹ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 335.

⁶² Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 561.

⁶³ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 61.

⁶⁴ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 331.

ocupación militar es totalmente antihistórico. Las propias hordas nazis admitían su voluntad de esclavizar y masacrar pueblos enteros, mientras que los soviéticos reconocían desde su fundación el principio de autodeterminación, conformando así su Estado con una idea nacional plural (aunque bajo una obvia «dinámica civilizatoria» rusa). Tampoco se puede acusar a la URSS de nacionalista en tanto que era una federación de pueblos diversos, aunque es cierto que primase el carácter ruso como cemento unificador de las diferentes naciones soviéticas. Así mismo, Arendt llega a la paradoja de tratar de comparar un oscuro plan quinquenal nazi para matar a toda Europa con el plan quinquenal soviético de 1929⁶⁵. Esto se relaciona con la aportación de Friedrich y Brzezinski, añadiendo como característica totalitaria el centralismo económico estatal, cuando desde el toyotismo las empresas capitalistas planifican de forma calculada su producción o hay organismos como la Unión Europea donde rigen proyectos de planificación (aunque sería más propio el calificativo de «destrucción») económica como la Agenda 2030, y ninguno de estos iluminados se atreve a tachar a la UE de totalitaria.

Así mismo, Arendt parece no comprender la motivación causante del rechazo del internacionalismo por los nazis. Aunque es cierto que su visión racial los llevaba más a una cosmovisión que suponía superar el marco exacto del Estado nación alemán, los nazis acusaban a los comunistas de actuar de forma complotista para destruir el país. Y lo cierto es que no estaban mal encaminados, ya que, justo en los momentos más difíciles para Alemania tras la Gran Guerra, los comunistas solo estaban obsesionados en hacer una insurrección que triunfase mágicamente, mientras que los Freikorps fueron quienes pusieron el pecho a las balas polacas que querían anexionarse parte del territorio alemán. Pero, a la luz de la verdad, esto no revela un afán de los comunistas de entonces de destruir Alemania (de los supuestos complots de la judería internacional ya no hablaremos por considerarlos ridículos), sino una praxis política errónea y seguidista de lo bolchevique de forma ciega.

Además, no se puede entender la solución final nazi como una decisión final lógica. A colación de los ejemplos usados por la autora, en la Revolución francesa no se asesinó a todos los aristócratas, al igual que la Revolución soviética no fue una matanza sin más de «burgueses», ya que parte de esa clase social se alió y confió en los bolcheviques o simplemente permaneció pasiva y al margen de la conflagración. La matanza de judíos por los nazis solo se puede entender en la mentalidad de un pueblo enajenado, con severos traumas postbélicos, carente de una alternativa racional que condujese esa situación hacia el progreso (alternativa que sí existía en la Rusia zarista, y fue la que acabó imponiéndose a pesar del terror blanco). Esto no justifica el Holocausto, pero un pueblo tan desarrollado como el alemán sufrió un sinnúmero de calamidades que lo fueron inclinando hacia el precipicio, sin que existiese ninguna barrera racional que lo pudiese librar del mismo.

⁶⁵ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 557.

Tal como venimos exponiendo, la tentación de ver a socialismo y nazismo como fenómenos gemelos parece una especie de manía de la que los autores anticomunistas no consiguen librarse. Las apreciaciones de un autor manifiestamente anticomunista como Aron en este campo, previamente expuestas, resultan reveladoras. Aunque el propio autor caerá en la misma equiparación torticera, contradiciéndose con lo expuesto previamente, en referencia a la confrontación a muerte entre fascistas y comunistas, Aron llega a afirmar sibilinaamente que «no sería la primera vez que los hermanos riñesen»⁶⁶. Y la misma Arendt no tendrá reparo en afirmar categóricamente que los nazis admiraban a la URSS⁶⁷. Pero, de nuevo, la historiografía le vuelve a jugar una mala pasada, ya que en gran parte los nazis veían a la Unión Soviética como un Estado fallido y sumido en la miseria (solo una parte de la primitiva SA se podría decir que admiraba el engranaje estatal soviético), sorprendiéndose sobremanera con lo que se fueron encontrando en el camino cuando la invadieron, y así mismo planificaron de forma pobre logísticamente su campaña del Este porque esperaban derribar en dos días a un gigante con los pies de barro. Y si estos hechos históricos probados no fueran suficientes, también se puede admirar un instrumento, aunque se quiera usar con otra función y otro fin.

Del hombre masa al consumidor pasivo

Del presente artículo se podría destacar que nos hemos fijado en las partes más endebles de la teoría para tratar de evidenciarla, pero nuestra intención real ha sido tratar de ver cuáles son las propuestas sociales de los apologetas de la defensa a ultranza contra los totalitarismos, así como aproximarnos a lo que supone política y socialmente asumir la retórica de que el totalitarismo es una amenaza real ante la cual cabe oponerse con uñas y dientes.

En primer lugar, debemos reflexionar lo que supone que aún siga muy presente el fantasma de los totalitarismos cuando se van a cumplir setenta años de la muerte de Stalin y más de ochenta de la «autodespedida» de Adolf Hitler. Como venimos indicando, agitar el fantasma totalitario encaja perfectamente con la nueva visión del individuo, y de las luchas sociales e históricas, de la posmodernidad. Cabe recalcar los horrores que acontecieron tras los grandes hechos que sacudieron el siglo pasado, como fue la primera revolución obrera triunfante, así como el ejemplo de un país asediado que consiguió volver a ponerse en pie sobre la base de un mesianismo y resucitando el mito medieval de que una etnia era culpable de todos los males del mundo. Y no podremos negar que en la Revolución rusa se cometieron arbitrariedades y abusos, y que el nazismo es uno de los movimientos más anticivilizadores que se han dado en la contemporaneidad, pero sobredimensionar estos hechos supone negar al ser

⁶⁶ Aron, *Democracia y totalitarismo*, 241-242.

⁶⁷ Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 436.

humano su aspiración a rebelarse contra los sistemas que lo oprimen en el presente. Actualmente se ha instaurado una visión de hipercapitalismo triunfante, sobre todo desde los años 90. Los individuos solo son interpretados en tanto que consumidores, y los Estados en tanto laboratorios masivos para implantar la nueva ciudadanía posmoderna: rebaños de consumidores dóciles, a la par que trabajadores semiesclavos, a los cuales se les entregará el derecho a voto, pero se les privará de la capacidad de discernimiento y pensamiento crítico, no tendrán ligazón con otros individuos, no tendrán familia, no tendrán patria, no tendrán clase.

Y aunque se quiera resucitar la amenaza de un monstruo acechándonos, se ha cumplido la profecía de la visión liberal de Arendt y compañía, dando como resultado un individuo más degradado que nunca, ya que su libertad solo se ha interpretado en relación con el mercado. Su única elección «libre» es consumir o no consumir, nada más. Incluso la política se ha reconvertido en un sentido de orientación de consumo. En última instancia, si lo negativo del comunismo es que el individuo se diluye en la sociedad sin clases, y en el nazismo la nación subyuga al individuo, en el caso de la actual sociedad atomizada, el individuo tampoco se podría realizar, ya que la máxima de Hobbes se impondría con toda su crudeza: *homo homini lupus*. Pero si se pretendiesen romper las cadenas económicas que sustentan esta situación saltaría la alarma antitotalitaria al instante.

No hay posibilidad de salvación entonces, ya que la mera posibilidad de una gran transformación social es vista con terror. A este respecto, Arendt inauguraría esa tradición tan arraigada en nuestros días de rechazo frontal a toda ideología, ya que «ella sostenía que toda lucha por la libertad y la justicia debía hacerse sin pensar en el posible “papel histórico”, ni tampoco en la realización de grandes ideas sobre el género humano»⁶⁸. Se niegan así las grandes hazañas históricas, como se denigra al hombre de principios firmes que está dispuesto a morir por sus ideas.

Pero todos los liberales y demócratas formales no se dan cuenta de que la Europa que habitamos cada vez se asemeja más a aquella de los años 30 del siglo pasado, y así no logran superar su cerrazón a observar como la democracia liberal se extinguió de aquel panorama con tan solo empujarla livianamente. En períodos de crisis y zozobra, o simplemente de estancamiento y apatía, lo único que ofrece su propuesta son frases vacías como: instituciones fuertes, tradición democrática, partidos turnistas modélicos, derechos humanos, democracia representativa, estado de derecho..., mientras, por otro lado, aúpan posturas delirantes como las de Ernst Nolte.

Así mismo, los defensores de la teoría ven como peligroso el «progreso material» ofrecido por esos regímenes, pero ellos no tratan de igualarlo, sino que tachan de errados moralmente a los que no son capaces de alimentarse o llegar a fin de mes con términos

⁶⁸ Josep M. Esquirol, «Hannah Arendt y el totalitarismo: implicaciones para una teoría política», *CONVIVIUM Revista de Filosofia*, n.º 2 (1991): 136.

preciosistas acuñados en facultades de derecho y ciencias políticas. Aunque en nombre del comunismo se hayan cometido atrocidades y la mayoría de los experimentos hayan llevado a países grises y con burocracias omnipresentes, nadie puede negar que desde 1917 no ha existido un evento que elevase más alto y con más fuerza la dignidad de toda la humanidad, y que más profundizase en la mejora tanto de sus condiciones de vida materiales como de las espirituales/culturales. Incluso el nazismo, en su atroz grito de «Arbeit macht frei», propone una aventura de la conquista del mundo y del avasallamiento de otras razas inferiores, es proactivo y fija un horizonte final ideal, removiendo los sentimientos más oscuros que albergan los corazones de los hombres.

Por otra parte, cabría detenerse un instante a observar el papel que tienen los académicos que han prestado sus firmas al soporte de una teoría tan delirante y, como hemos visto, tan elitista y soportadora del actual sistema. Entre sus grandes exponentes no podemos evitar mencionar a François Furet, con obras que resultan muy ilustrativas acerca de la propia autopercepción que estos apologistas tienen de sí mismos y de su labor. El francés nos hablará de la importancia de la fascinación del intelectual por la revolución⁶⁹, cuando no existe un solo movimiento revolucionario que cuente con detractores entre la bancada de los literatos. Esto es aplicable incluso a la causa republicana en la Guerra Civil, una de las que más gozaron de la simpatía de intelectuales y académicos.

Pero lo escrito por Furet nos permite ver así un claro ajuste de cuentas entre élites intelectuales. Por un lado, estarían aquellas más despiertas e interesadas por la realidad social, que ven las injusticias y buscan darle alguna clase de salida (ciertamente de múltiples formas y no todas ellas racionales o simplemente de progreso). Por el otro tenemos a aquellos que dicen que todo está bien, que a ellos les llega el sueldo todos los meses, que sus hijos tienen un buen enchufe, que esos malditos obreros tienen la manía de querer aspirar a ser algo más que engranajes de la fantástica tramoya que es el capitalismo en su máxima expresión.

Furet, en su gran maniqueísmo e ignorancia, utiliza el argumento de apostar todo por la noción de «odio al burgués». De este razonamiento podríamos razonar que en principio sería lógico que el obrero odie al burgués —aunque no es un sentimiento generalizado—, pero si el intelectual, por su condición de despierto y crítico, asiste a la hipocresía y la explotación del burgués, ¿pierde la cabeza al odiarlo?, o mejor: ¿muerde la mano que le da de comer? Lo que no parecen entender estos autores es que nosotros también sabemos leer entre líneas, y de sus formulaciones imaginarias se desprende con toda nitidez su odio y repugnancia ciega por los obreros, esos «hombres masa» que formarían el «populacho», como diría la mentora Arendt. El mismo autor hablará del «embujo universal de Octubre». Tiene gracia que esto lo escriba un francés, no dándose cuenta de que, si él sabe escribir y es académico de buena vida, es

⁶⁹ Recogido indirectamente en Mansilla, «El desarrollo contemporáneo...», 76.

precisamente gracias a una revolución, una de las más profundas de la historia. Pero a Furet la realidad parece no interesarle mucho, tal como se desprende de su calificativo de revolucionarios a regímenes tales como la Alemania de Hitler, su prima la Corea del yugo Juche o el Irán de los ayatolás. Por cuestiones como estas es por lo cual se evidencia la ausencia de sentido crítico de los liberales, ya que si lo tuviesen separarían los fenómenos y elaborarían una estrategia de demonización de sus adversarios mucho más coherente, aunque ciertamente no tan impactante como decir que los comunistas y los nazis son primos hermanos.

En otro orden de cuestiones, cabría señalar la cuestión de la violencia, vista supuestamente por Marx como uno de los «grandes impulsos históricos»⁷⁰. Pero, simplemente haciendo un ejercicio de mayéutica, cabría preguntar a los defensores de la democracia formal: si hay fuerzas «totalitarias» que se organizan y amenazan la democracia, ¿no usarían la fuerza para defender esa sacrosanta democracia? En la práctica, repetimos que cuando el capitalismo liberal y democrático se vio amenazado recurrió a las escuadras fascistas. El hecho de que no todos se sumaran a este movimiento, o de que los que lo hicieron se taparan la nariz y pusieran mueca de desprecio durante el proceso, no cambia un ápice lo que aconteció.

En un gran ejercicio de sinceridad, Hugo Mansilla admitirá: «Desde la Revolución francesa se advierte que un proceso de democratización radical contiene también algunos factores que pueden desembocar en un desarrollo proclive al totalitarismo»⁷¹. De nuevo volvemos al concepto de la repulsión a las masas, pero sin esas mismas; de esta forma, la democracia se convierte en un concepto vacío. De ahí que acabe citando a Friedrich Rapp y su concepción según la cual «La libertad moderna ha sido conseguida al precio de una alienación existencial y una inestabilidad estructural»⁷². Pero Mansilla no es capaz de salir de su burbuja y acaba aceptando la realidad actual como la mejor, ya que toda alternativa es tachada de totalitarismo al instante: «una solución sin duda espuria, irracional y antihumanista, pero que adquiere verosimilitud bajo ciertas condiciones históricas»⁷³.

Como hemos escrito, a esta plétora de escritores propagandistas se suman izquierdistas como Enzo Traverso o Steven Forti. Pero mayoritariamente se trata de académicos derechoides, cayendo en contradicciones como la utilización ejemplar de totalitarización desde la democracia de los sucesos de mayo del 68 (*1968 en cuanto mito, cifra y cesura*, del autor Wolfgang Kraushaar⁷⁴), pero no se dan cuenta de que ese movimiento comparte exactamente con ellos el rechazo a los metarrelatos (expuesto con claridad diáfana en la obra de Lyotard). Aun persistiendo en ese argumento, Hugo Mansilla nos pretende hacer creer que la escuela de

⁷⁰ Mansilla, «El desarrollo contemporáneo...», 85.

⁷¹ Mansilla, «El desarrollo contemporáneo...», 86.

⁷² Mansilla, «El desarrollo contemporáneo...», 89.

⁷³ Mansilla, «El desarrollo contemporáneo...», 90.

⁷⁴ Mansilla, «El desarrollo contemporáneo...», 91.

Frankfurt fue una institución contraria al liberalismo⁷⁵. Esto no se sostiene, ya que, en la obra fundacional de la posmodernidad, *Dialéctica de la Ilustración*, se hace una equiparación absoluta entre comunismo y nazismo. A lo que se agarra el autor es al hecho de que tras el terremoto de la Segunda Guerra Mundial no se iba a defender un liberalismo político caduco y defenestrado. Como ya indicamos, ante un nuevo contexto histórico, se reformula la propia idea de libertad y de individuo, así como la idea de razón y progreso, opresivas ambas en tanto en cuanto insertan al individuo en la sociedad y le ponen deberes y normas de conducta, sin entrar a juzgar si estas normas y deberes son justos/positivos o si no lo son, simplemente que se impongan ya es un acto de opresión. La eclosión de esta nueva burguesía desenfundada y nihilista es la asunción de un nivel diferente de liberalismo, no un alegato en contra del mismo.

El propio Mansilla se lucirá en otras ocasiones asociando directamente la oposición al cosmopolitismo como un rasgo que convierte a Estados enteros en propensos al totalitarismo:

(...) sociedades cerradas sobre sí mismas, que muestran poco interés por conocer (y apreciar) el mundo exterior, favorecen una opinión demasiado positiva sobre sí mismas y una concepción negativa (generalmente falsa) sobre otras naciones, lo que impide desarrollar criterios realistas de autopercepción y análisis. Estas sociedades, anquilosadas y poco flexibles, carecen de procedimientos adecuados de autocorrección y reforma⁷⁶.

Conclusiones

A lo largo del artículo hemos apreciado la principal contradicción de la teoría de los totalitarismos: fundamenta su lógica en hechos históricos, pero al mismo tiempo no se interesa por verificar y contrastar esos mismos hechos. La historia es usada como arma arrojada, debiendo ser tergiversada y manipulada previamente. Su afirmación principal es totalmente falsa: comunismo y fascismo son ideologías políticas contrarias, aunque por efecto reactivo y su desarrollo en un contexto histórico concreto puedan compartir ciertos vasos comunicantes. Sobredimensionar esas cuestiones paralelas genera un engendro que no consigue articularse ni metodológica ni empíricamente, por muchas cascadas de dólares que le caigan encima.

Así mismo, lo innovador de nuestro trabajo habría sido la exposición de la «cara oculta» del Frankenstein totalitario: su legitimación del individuo aislado, destruido y sin metas colectivas. En resumen, incluso los teorizadores más lúcidos acaban cayendo siempre en moralismos baratos, tergiversaciones históricas y categorías autoconstruidas sin validez alguna. No deja de ser curioso cómo, en el contexto actual, donde el conocimiento histórico se ha reducido al mínimo (siendo sustituido por un trampantojo lleno de datos curiosos e inútiles,

⁷⁵ Mansilla, «El desarrollo contemporáneo...», 84.

⁷⁶ Mansilla, «El desarrollo contemporáneo...», 94.

como el caballo-ministro de Caracalla o la hiperactiva vida amorosa de Mesalina), el debate político se ha convertido en una simulación constante del guerracivilismo de los años 30. Nuevos tiempos requieren nuevas ideas, y mientras se nos quiera seguir amordazando con fantasmas de regímenes que ya no existen, menos posibilidades tendremos de edificar alternativas que resuelvan los retos del futuro.

Referencias

- Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2024.
- Aron, Raymond. *Democracia y totalitarismo*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1965.
- Cordua, Carla. «Hannah Arendt sobre el totalitarismo». *Estudios Públicos*, n.º 145 (2017): 175-190.
- Ebenstein, William. *El totalitarismo. Nuevas perspectivas*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1965.
- Esquirol, Josep M. «Hannah Arendt y el totalitarismo: implicaciones para una teoría política». *CONVIVIUM Revista de Filosofía*, n.º 2 (1991): 123-142.
- Forti, Steven. *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras*. Santiago de Compostela: Publicacions da Cátedra Juana de Vega, 2014.
- Friedrich, Carl, y Zbigniew Brzezinski. *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*. Cambridge: Harvard University Press, 1965.
- Fuentes, Juan Francisco. «Totalitarismo: origen y evolución de un concepto clave». *Revista de Estudios Políticos*, n.º 134 (2006): 195-218.
- Mansilla, Hugo Celso Felipe. «El desarrollo contemporáneo y la necesidad de una teoría crítica del totalitarismo. Un esbozo provisorio». *Revista de Estudios Políticos*, n.º 140 (2008): 69-103.
- Paredes, Denis. «Acerca de la censura en la ciencia soviética». *Historia de las Ideas*, n.º 2 (2025): 55-62.
- Paredes, Denis. «Los prefacios del Manifiesto Comunista: un ejemplo de marxismo creativo». *Historia de las Ideas*, n.º 3 (2025): 70-79.
- Schapiro, Leonard. *El totalitarismo*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1981.
- Traverso, Enzo. «El totalitarismo. Usos y abusos de un concepto». *Las escalas del pasado: IV Congreso de Historia Local de Aragón* (2008): 99-110.